Alberto
Muriel Pina

El acantilado de cristal

Platero
COOLBOOKS

Título: El acantilado de cristal
Primera edición: septiembre, 2026
© 2026, del texto Alberto Muriel Pina.
© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.
© Platero Editorial S.L.
Glorieta Fernando Quiñones s/n .
Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)
info@plateroeditorial.es
www.plateroeditorial.es
Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.
Printed in Spain-Impreso en España
Depósito legal: SE 4208-2026
ISBN: 979-13-88290-71-8

Para Andrea, obvio.

Cada uno era aquello que el otro había elegido no ser, el yo descartado,
aquello que creía odiar pero que quizá, en realidad, amaba.

—Patricia Highsmith, *Extraños en un tren*.

Índice

Prólogo 11

Capítulo 1 15
Capítulo 2 19
Capítulo 3 25
Capítulo 4 33
Capítulo 5 39
Capítulo 6 45
Capítulo 7 49
Capítulo 8 55
Capítulo 9 67
Capítulo 10 71
Capítulo 11. 79
Capítulo 12 87
Capítulo 13 93
Capítulo 14 97
Capítulo 15. 105
Capítulo 16 113
Capítulo 17. 119
Capítulo 18. 123
Capítulo 19 131

Capítulo 20. 133
Capítulo 21 141
Capítulo 22 153
Capítulo 23 163
Capítulo 24. 173
Capítulo 25 177
Capítulo 26. 181
Capítulo 27 185
Capítulo 28. 191
Capítulo 29 197
Capítulo 30. 203
Capítulo 31 209
Capítulo 32. 221
Capítulo 33 229
Capítulo 34 235
Capítulo 35. 241
Capítulo 36 247
Capítulo 37 257
Capítulo 38. 261
Capítulo 39 271
EPÍLOGO 275
AGRADECIMIENTOS 295

Prólogo

Madrugada del 4 de mayo de 2025

Sink rate, pull up.
Sink rate, pull up…

Primero, un pitido agudo. Después, una voz mecánica que se repite sin emoción. Se escucha a través de los altavoces. El sonido proviene de la cabina de mando del *jet* fabricado por la aeronáutica americana Cessna. La noche es oscura; la Luna no quiere revelar su cara más distinguida. Dos luminarias recorren en paralelo el techo mientras parpadean al compás de las vibraciones metálicas y el zumbido que va cambiando de tono. El mensaje «*NO SIGNAL*» recorre de lado a lado la pantalla de cada uno de los televisores. La inclinación delata una velocidad excesiva de descenso y sin aparente control con la que se precipita la aeronave. Solo cuatro de los ocho ocupantes del avión usan una de las mascarillas caídas del techo. El resto emulan el aparente revoloteo descoordinado de cuatro murciélagos. En la cabina hay decenas de papeles esparcidos por el suelo. Restos de periódicos y revistas que parecen haber librado una batalla absurda por el derecho a ser leídos, como si cada uno reclamara su instante de atención antes de ser arrojados a una hoguera invisible. El avión tiembla como un enorme animal asustado. Las alas no cesan de oscilar con suma violencia durante el vertiginoso descenso. La alarma hace lo propio; incansable en su intento de ser escuchada desde la cabina de los pilotos. La señal luminosa del cinturón de seguridad brilla sobre las cabezas de los pasajeros; ninguno huye de su abrazo a la altura de la cintura.

La voz pregrabada continúa sonando: «*Sink rate, pull up. Sink rate, pull up…*».

Entre el pasaje hay un hombre y una mujer que ocupan asientos

enfrentados en la parte delantera. Se miran con el rostro desencajado y pálido, con ese pánico denso y paralizante que solo aparece cuando todo escapa al control, cuando el miedo ya no se grita, sino que se respira. Sus ojos transmiten terror mientras se dicen «te quiero». Ella, a duras penas y entre sollozos, se inclina hacia delante para acariciarle la mejilla. Él hace lo propio y le agarra con fuerza la otra mano que apoya sobre su pierna. Ambos se retiran las mascarillas con dificultad. El aire gélido hace estragos en sus cuerpos, filtrándose sin piedad a través de la delgada manta que los cubre. Tiritan sin control, sus músculos se engarrotan como si se aferraran al hueso, y sus mandíbulas, apretadas hasta el límite, crujen con un bruxismo involuntario, feroz, casi animal. Entre hipidos apenas alcanzan a besarse mientras ella le grita un «siempre te querré» cuya única respuesta es un lento pero incontenible cerrar de ojos. La mujer se quita el cinturón de seguridad: estira la hebilla al máximo y se lo vuelve a abrochar. Ahora es capaz de acercarse más a él, que también imita sus movimientos. Seguidamente se funden en un abrazo desconsolado, único, rígido, a sabiendas de que puede ser el último de su vida.

La voz robotizada insiste*: «Sink rate, pull up. Sink rate, pull up…»*.

El pasajero del otro lado del pasillo se balancea con cada sacudida del avión, como una marioneta colgando de un hilo invisible. Tiene los ojos cerrados y la mascarilla de oxígeno firmemente ajustada. En el lateral de su cabeza, una brecha profunda se abre paso, oscura y llamativa, imposible de ignorar. La sangre ha empapado el cabello cercano, ahora enmarañado y pegado a la herida.

En la cabina de pasajeros se observan salpicaduras de sangre por doquier: en papeles que apenas dejan ver el color del suelo, en algunos recovecos de los asientos, en las paredes, en el techo, en las mantas… Tampoco se libra del color bermellón el cuchillo que hay debajo de un asiento. Dondequiera que se mire hay sangre sobre la que se estampan decenas de huellas cual sello en el lacre. La alarma cambia de tono y mensaje: «*Terrain. Terrain, pull up. Terrain. Terrain, pull up*».

Al fondo, una persona encogida y temblorosa permanece en su asiento. Mira nerviosa a su alrededor. Se quita la mascarilla y se levanta a duras penas mientras empuña una pistola. Sus piernas tiritan tanto a causa del frío que apenas puede mantenerse en pie. Arrastrando los pies, consigue entrar en el baño, cerrando la puerta con un golpe seco. Se escucha un pestillo, un clic. Y silencio.

El resto de los pasajeros permanecen inmóviles. Nadie llora. Nadie grita. Nadie reza. Sus ropas están manchadas de un tono rojizo, casi negruzco. Algunos tienen los ojos abiertos, fijos en un punto inexistente y otros cerrados

como si durmieran. Es una quietud antinatural, como una fotografía demasiado perfecta. No están dormidos. Están muertos.

Mientras, la voz sintética no cesa en su empeño de ser escuchada: «*Terrain. Terrain, pull up. Terrain. Terrain, pull up…*».

Capítulo 1

11 de septiembre de 2008

Querido diario:

¿Por dónde empiezo? Pues por eso, que tengo un diario. Y es que nunca he tenido uno. Bueno, miento. De pequeña me regalaron uno de esos típicos de princesas que venían con un teclado en el que había que marcar un código secreto para abrirlo. ¡Ni la cámara acorazada del Banco de España disponía de mayor seguridad! Lo usé para hacer dibujos propios de mi edad, pero nada de contar mis vivencias como ahora pretendo. Me lo he propuesto, sí. Es más, tengo la necesidad de hacerlo. Se supone que un diario es algo personal y privado, y espero que este lo sea. No porque tenga secretos que arruinarían vidas si se supieran, ni mucho menos, sino porque aquí intentaré guardar las cosas que no me atrevo a decir en voz alta. Las cosas que se quedan atascadas entre el pecho y la garganta. Así que te lo escribo a ti, bueno, a mí… ¡Vaya lío, Sara! Y qué mejor momento para empezarlo que hoy. ¿Y por qué no ayer ni mañana? Pues por dos motivos. El primero, mi humilde homenaje a todas las víctimas de los atentados de las Torres Gemelas. Siete años han pasado, pero el estremecimiento es el mismo, como si el tiempo no hubiera logrado borrar el eco de aquel día. Recuerdo exactamente dónde estaba, qué hacía, cómo el mundo pareció detenerse cuando las noticias comenzaron a llegar con incertidumbre, para después convertirse en un horror que crecía minuto a minuto. Y el segundo, que las vacaciones de verano llegan a su fin y estoy a las puertas de comenzar mi primer año como estudiante universitaria. Tengo una sensación rara; la ilusión y el miedo bailan una coreografía en mi interior que no sé cómo terminará. ¿Y si no encajo? ¿Y si me pierdo en el campus? ¿Y si esta nueva etapa no es lo que siempre imaginé? Pero también me digo: ¿Y si me gusta? ¿Y si descubro nuevas pasiones, nuevos amigos, un nuevo yo?

Mi vida no ha sido un camino de rosas que digamos. Así que, Sara

Castillo, que sepas que a partir de hoy, como he dicho antes, dejaré escrito por aquí todo aquello que tenga la necesidad de sacar de dentro. Prometo no guardarme nada de aquí en adelante. De eso se trata, ¿no? En cualquier caso, las páginas de este diario se pueden arrancar si me arrepiento. Cada hoja es libre; puede ser condenada al fuego o al olvido con solo un gesto.

Dicho esto, resumiré cómo han sido mis últimos meses hasta llegar al día de hoy. Mentiría si dijera que el final de mi etapa en el instituto fue como la seda, ya que tuve algún que otro día malo, de esos que te da un bajón anímico sin motivo aparente. Supongo que la causa residía en algún lugar de mi cabeza, donde dos cables pelados con los polos opuestos hacían contacto. ¡Qué razón tenía mi abuela! Un cortocircuito que no tenían ningún problema en arreglar los mejores electricistas: un buen abrazo de mi madre o una tarde de peli y palomitas con mi amiga Ana. Y me voy a incluir a mí misma, ya que era capaz de valorar la magia de vivir, de sentir, de ser, de apreciar cada momento de sosiego.

Tras aprobar la PAEG (Prueba de Acceso a los Estudios de Grado) con la suficiente nota como para entrar en la Facultad de Ciencias Químicas y estudiar el Grado en Ingeniería Química, carrera que era mi primerísima opción, me fui a un campamento de verano religioso. ¡De curas y monjas! Yo, que soy más atea que… Bueno, más bien agnóstica. Como decía la letra de una canción: «Ni sí ni no, sino todo lo contrario». Lo cierto es que no llegué allí por fe, sino por necesidad. Escapar de casa, cambiar de aires, encontrar algo, lo que fuera. Y aunque pensé que iba a ser una tortura de rezos y sermones, resultó ser una de esas experiencias que, por absurdo que parezca, terminó dejándome poso. Por el momento no voy a hablar de mis creencias, ya habrá tiempo si… ¿Dios quiere? ¡Ja! Lo importante es que salí de allí con aire renovado. A mi madre se lo recomendó una conocida de una amiga, creo recordar, por los valores que en él se transmitían. Hablar del respeto al prójimo, la tolerancia, la bondad, la paz, la solidaridad, el amor, la justicia, la responsabilidad, la equidad, la amistad, la libertad o la honestidad, supongo que no son inherentes a la religión católica ni a ninguna otra. Son valores humanos, sin más. Y la verdad, he de reconocer que me lo pasé genial. Gran parte de culpa la tuvo la «gordi del flequi» como, cariñosamente, llamo a mi amiga Ana cuando me saca una sonrisa. No lo sabe, pero fue una de las razones por las que no escapé del campamento a mitad de semana. Y es que esta mujer de pelo corto con raya a un lado, flequillo que no para de soplar cuando se le cae y un poquito rellenita, tiene el poder de aparecer justo cuando el día amenaza con derrumbarse. Ella es única, especial. Me entiende, me apoya, me escucha y me da consejos. Junto a «mi Mari», como Ana llama a mi madre, han sido

capaces de que consiguiera mandar a la mierda la impotencia, el miedo, la frustración, la desilusión y la ansiedad que padecí meses atrás. Ha sido una experiencia estival increíble: he conocido gente muy sana, de los que algún que otro amigo me llevo, me he reído hasta de mi sombra, también he engordado unos cuantos kilos, que me han venido de perlas, y he disfrutado al máximo de Ana. Lo he hecho porque nuestros caminos académicos se separan desde que con tres años nos conocimos en el colegio. Íbamos a estudiar la misma carrera, pero la convencí para que estudiara Bellas Artes. Sé que ella lo hacía por estar cerca de mí y tratar de evitar o minimizar mis miedos, mis inseguridades y mis indecisiones. Pero estoy bien, como nunca, y necesito volar yo sola. Y aunque a ella el rollo químico le mola, se merece crecer como lo artista que es: la Frida Kahlo española.

Así que nada, hecho este brevísimo y superficial resumen de lo que han sido los últimos meses de mi vida, me despido por hoy. Bueno, no sé si me tengo que despedir cada vez que escriba cual programa radiofónico. Supongo que con el tiempo le iré cogiendo el tranquillo. Igual quedaría bien escribir cada párrafo de una tonalidad distinta. Ah, y también puedo poner notas adhesivas de colores, o hacer dibujos en los márgenes… ¡Sara, para ya de escribir tus divagaciones!

Capítulo 2

24 de diciembre de 2024

En esa época del año, siempre que Berto acudía a casa de sus padres, observaba con nostalgia y familiaridad el esmero con el que allí se preparaba la llegada de la Navidad. Un majestuoso abeto, lleno de luces y adornos, daba la bienvenida nada más cruzar la puerta principal. Por su flanco izquierdo, un ejército de cascanueces alineados parecía que cobraría vida en cualquier momento para desfilar al ritmo de *El paso de oca*. Por el flanco derecho, el gordo de barba blanca y vestimenta roja, subido en su trineo junto a su séquito de elfos. Un Nacimiento de no pequeñas dimensiones recibía a todo aquel que accedía a la sala de estar. Sobre una especie de altar construido para la ocasión, la maqueta contaba con su portal de Belén, los tres reyes magos, ríos, puentes, molinos, pozos, montañas… y todo un sinfín de personajes y animales cotidianos de las aldeas galileas del siglo I en las que, según el libro más vendido de la historia, un tal Jesús de Nazaret predicaba la palabra de Dios. A Berto le parecía un contraste entre la imagen comercial y festiva de la festividad pagana y la Navidad cristiana con su trasfondo religioso y espiritual.

A los pies de aquel poblado, se encontraban dos imponentes sofás frente al calor de la chimenea, sobre los que tantas veces había sucumbido al poder de Morfeo. Por último, una mesa redonda y decorada con mucho gusto, en tonos verdes y dorados, estaba lista para disfrutar de una familiar velada de Nochebuena mientras de fondo no paraban de sonar, a modo instrumental, los clásicos villancicos.

—¡Oh! Berto… Sara… ¡Por fin! ¡Qué gran noticia!

—Gracias, mamá —sonrió—. Estamos muy ilusionados.

La noticia del futuro enlace entre Berto y Sara, aun siendo esperada, no les dejó de sorprender; sus caras daban buena fe de ello. Los ojos de su madre brillaban de emoción, y su padre, con una sonrisa contenida, asentía

satisfecho. Sonaban campanas de boda desde hacía tiempo, ya que Berto lo había dejado caer sutilmente en alguna ocasión. Sin duda, el momento elegido no había sido al azar. Berto era hijo y nieto único. Vivía en el seno de una familia adinerada y veía cómo la empresa familiar que creó su abuelo seguía en continua expansión por el mundo gracias, en buena parte, a él. Lo que en un principio no parecía tener mucho futuro en la España tradicional de principios de la década de 1960, acabó siendo un imperio. Su abuelo Marcelino comenzó a vender por casas, tiendas de ultramarinos, tascas, oficinas y cualquier lugar en el que le abrieran las puertas, las colonias y ambientadores que fabricaba en un pequeño taller improvisado en la parte trasera de su casa. Tras la muerte del patriarca hacía pocos años, su padre y él se quedaron al frente de Helman Parfum, dedicada a la exportación de perfumes por todo el mundo, con casi un millar de trabajadores repartidos por él.

Berto y su padre, Jaime, mostraban una alegría mesurada. Aunque el anuncio de su compromiso había sido recibido con júbilo, en especial por parte de su madre, en sus mentes quedaban en un segundo plano las campanas que anunciaban el futuro de Berto junto a Sara. Lo que en realidad ocupaba sus pensamientos aquella noche, lo que les daba una sensación de satisfacción más profunda, era el balance provisional que les acababa de enviar el departamento contable de la empresa. Lo llevaban esperando todo el día; se había hecho de rogar. El documento había llegado justo antes de la cena: cuatro millones de euros de beneficio neto. Ese número les confirmaba que el esfuerzo, el trabajo y la visión empresarial estaban dando sus frutos. Y había sido posible, entre otras operaciones de expansión mundial, a las exclusivas tiendas que habían inaugurado en el último año por las terminales de los mejores aeropuertos del mundo. Pero para Luisa no existía otra cosa en su cabeza que el enlace de su hijo.

—¡Ay, Sara! ¡Querida Sara! ¡Qué alegría me habéis dado mi hijo y tú! —exclamó mientras se fundía en un abrazo con su futura nuera—. Tenemos que organizar la boda del año. Qué digo del año, ¡del siglo!

—Muchas gracias, Luisa. La verdad es que estamos muy ilusionados —dijo Sara mirando a su prometido.

—Míralos, ellos a lo suyo —comentó Luisa negando con la cabeza y con cierto desdén—. Hombres… Tú no te preocupes, que yo te ayudaré en todo.

—Sí… Eh… Gracias —agradeció Sara forzando su sonrisa.

Sara y Luisa se sentaron de nuevo. Ellos, por su parte, ni siquiera habían hecho el intento de levantarse; en la escala de prioridades de sus vidas, el negocio familiar parecía estar por encima de aquello. Tras la bendición de la mesa por parte de Luisa, degustaron unos exquisitos entremeses ibéricos

de Guijuelo, una crema de marisco y un surtido de fiambres propios de esta época del año. Entre bocado y bocado, siguieron hablando por bandos. Las mujeres, de vestidos, fechas, flores y, por supuesto, de la emoción que traía consigo la boda. Por su parte, la conversación de los hombres giraba en torno a las proyecciones de los próximos trimestres y a las nuevas oportunidades de expansión.

Acabados los entrantes, el servicio doméstico cambió los platos con una precisión casi ritual. Un silencio expectante llenó la mesa cuando, desde una gran bandeja metálica, se presentó el cordero lechal asado. El aroma a hierbas y a la carne perfectamente dorada inundó la estancia. Con solo verlo, la boca se les hizo agua.

—Bueno, vamos a hablar de la boda, ¿no?

—¡Vaya! ¡Habéis despertado de vuestro letargo, Jaime! —exclamó su mujer—. Creía que hasta la primavera no lo haríais…

—A ver, a ver… —Jaime hizo un gesto de calma con las manos—. Berto y yo estábamos hablando de unos temas importantes de la empresa —se defendió.

—Claro, claro… Y qué mejor momento que en la cena de Nochebuena, cuando nos acaban de dar la noticia de que se casan —lo atravesó con la mirada—. Seguro que entre las veinte veces de media que habláis por teléfono al día, no habéis tenido tiempo de hacerlo, ¿verdad?

Jaime negó con la cabeza, resignado. No tenía ganas de justificarse.

—Bueno, hijo, ¿has pensado en lo más importante de la boda? —preguntó Jaime.

—Eh… sí, claro, cómo no. ¿Me hablas de… la iglesia? ¿El lugar del convite? ¿El traje? ¿Los anillos? —preguntó Berto entre las negativas de su padre tras cada pregunta.

—No, joder… ¡La despedida de soltero! —alzó y movió la servilleta de tela como si estuviera espantando moscas.

Berto y Sara pusieron cara de *poker*. Luisa, de familia religiosa, se frotó la cara con sus manos mientras parecía repasar mentalmente todos los versículos que hablaban del juicio final.

—No sé cómo me casé contigo, de verdad. El Big Bang y cómo llegamos a compartir una vida juntos son las dos grandes preguntas que se hace la humanidad —se resignó Luisa—. Si bien lo decía mi madre: «Dios la tenga en su gloria», que antes veía un cerdo volando que a ti rezando».

—¡Protesto, señoría! —exclamó Jaime, al que el vino le estaba regalando una verborrea—. Todos los domingos voy contigo a misa. ¡Tendrás queja!

—¿Queja? ¡Qué valor tienes, Jaime! —Luisa se mordió el labio inferior—.

Pero si lo haces porque luego te vas con el cura, cuando no es a jugar al golf, es a tomar unos vinos…. ¡O ambas cosas! Si no sabes rezar ni un triste Padrenuestro… ¡Hay que tener jeta!

Berto y Sara los miraban sin pestañear mientras giraban el cuello de izquierda a derecha, incesantemente, como si estuvieran viendo un partido de tenis.

—¡Final del primer *round*! ¡Púgiles a sus esquinas! —exclamó Berto mientras golpeaba la copa de vino con un cuchillo provocando el silencio y un cruce de miradas entre los allí presentes—. ¡Joder, que estáis todo el día igual! —Abrió ambos brazos—. Ahora vamos a seguir disfrutando de la cena, ¿vale? Y ya veré lo que hago con la despedida, porque aún no lo he pensado. Pero ten por seguro que no te voy a llevar con mis amigos —miró a su padre.

—¡Ja! —exclamó Luisa.

—¡Mamá! ¡Ya basta! —La atravesó con la mirada—. ¡Estáis todo el puto día como el perro y el gato!… Sí, estoy muy ilusionado con la boda. Y respecto a la despedida, no sé cómo serán, y hablo en plural. —Cambió la mirada hacia su padre—. Pero haré una despedida con mis amigos, otra con la familia y otra con los directivos de la empresa y nuestros mejores clientes.

Berto era una persona calculadora, analítica y fría cuando tenía que tomar decisiones, sobre todo en los negocios. Era cariñoso, cercano y empático con la gente que le rodeaba, en especial con Sara, su familia y amigos. Pero, por encima de todo e independientemente de la situación, cuidaba su imagen. Incluso en los momentos más íntimos, como cuando se preparaba un café a las seis de la mañana, no permitía que su reflejo en la ventana le devolviera otra cosa que no fuera pulcritud. Vestía bien para trabajar, para comprar el pan, hasta para hacer deporte lo hacía con elegancia. No lo hacía por vanidad, sino por principios. «Uno es lo que proyecta», repetía como si fuera un mantra heredado. Y es que en eso tuvo mucho que ver su abuelo paterno, que se fue de este mundo con su mejor corbata atada al cuello. Si uno se fijaba en cómo era su padre, tanto por dentro como por fuera, era indudable que se había producido un salto generacional en ese aspecto; pensamiento en el que coincidían plenamente su abuelo y él. Por tal motivo, y por deseo expreso de don Marcelino, Berto estaba al frente de Helman Parfum con el 52 % de las acciones. Desde que asumió el cargo, convirtió la dirección general en una pasarela de decisiones audaces: rediseñó los envases, eliminó líneas históricas que consideraba obsoletas y apostó por una nueva colección llamada Herencia, que tenía como imagen central una fotografía restaurada de su abuelo, impecable, con su clásica corbata azul marino. Algunos empleados, los más veteranos, consideraron aquello un acto narcisista. Otros, sin embargo, lo

tildaron de jugada brillante. Aquella colección fue un rotundo éxito.

A Jaime, el hecho de continuar en un segundo plano, no le importó lo más mínimo. Primero, porque la dirección de la empresa recaía sobre su único hijo, sangre de su sangre, y segundo, porque reconocía que no tenía el liderazgo ni el carisma de este. Berto sabía de sobra que su padre se sentía cómodo en el papel que le había tocado desempeñar, que no era otro que ser un actor secundario; no tener esa última palabra a la hora de tomar una decisión que le comprometiera a él o no fuera la correcta para la empresa, y, sobre todo, tener la libertad de salir de fiesta, emborracharse o lo que le apeteciera sin temor al qué dirán. Tenía voz, pero no voto; cero responsabilidades. Tan triste como cierto. Antes de morir, Berto tuvo varios encuentros a solas con su abuelo en los que el fundador de la empresa no escondía su deseo para cuando él abandonara el mundo de los vivos o su cabeza perdiera el norte: «La vida me da, Berto, que has salido a mí. Quiero mucho a tu padre, mi único hijo, pero no tiene la personalidad, el carisma ni la valía para dirigir esta empresa. Hueles a poder, querido nieto. Tú serás quién la dirija cuando me muera. Tendrás el control total. En tus manos estará el devenir de Helman Perfum».

Capítulo 3

28 de septiembre de 2008

Querido diario:

Soy estudiante universitaria. ¡Me siento mayor! Siempre he escuchado que cumplir los dieciocho años era un cambio importante en tu vida: te puedes sacar el carné de conducir, se retrasa la hora de regresar a casa tras una noche de fiesta, ya no necesitas a la hermana mayor de tu amiga para comprar una botella de vodka en el supermercado, puedes viajar sola con tus amigas en autobús, tren o avión —en coche es difícil; doy fe de que los padres recelan de la primera amiga que se saca el carné de conducir—, tu voto puede ser decisivo para el devenir de este país —¡qué bello es soñar!—, etc. En definitiva, lo que yo llamo destetarse. Pero aún tengo diecisiete. Sí, siempre he sido la más pequeña de la clase aunque mi estatura se empecinara en demostrar, una y otra vez, como si fuera un ente independiente, todo lo contrario. Así que, a falta de que llegue esa mayoría de edad, se puede decir que el comienzo de la vida universitaria me ha regalado un salvoconducto. Y no es por presumir, pero… bueno, sí, qué narices, para algo esto lo escribo yo: soy estudiante de Ingeniería Química en la Universidad de Salamanca. Una universidad con más de ochocientos años de historia. Ale… Si no lo digo, reviento. Si esto no es ser mayor, que baje Dios y los vea.

La Facultad de Ciencias Químicas está en un lugar privilegiado: sobre el teso de las Catedrales, donde la ciudad del saber se desarrolló en la Segunda Edad del Hierro, unos cuantos siglos antes del Anno Domini, y con unas vistas espectaculares este a oeste en pleno centro histórico de Salamanca. A diario me quedo embobada de camino a clase o de regreso a casa. Imagino lo que tienen que flipar los turistas cuando por primera vez se asoman a ella, paseando por las estrechas calles a los pies de las catedrales, cruzando por su majestuosa e inigualable Plaza Mayor, sentándose en las escaleras del Palacio

de Anaya, deleitando sus miradas bajo la fachada de la universidad más antigua de España mientras buscan la rana sentada sobre una carabela o haciendo cábalas sobre dónde estará el tesoro de la Casa de las Conchas. Y todo ello, intentándolo ver con los ojos de fieles e ilustres caminantes como Miguel de Unamuno, Fray Luis de León y Carmen Martín Gaite, o recreando los escenarios de obras de la talla de *La Celestina* o *El Lazarillo de Tormes*. ¡Se me eriza el vello según lo escribo! Pero más que todo eso junto, que ya es, lo hace el ver cada día a Berto. ¡Boom! Ya lo solté. ¿¡De dónde ha salido este chico!? Es alto, apenas tres o cuatro centímetros por encima de mi metro setenta, pero lo suficiente para que se note. Tiene un cuerpo atlético, de esos que se esculpen entre entrenamientos constantes, quizá en el campo de fútbol o entre pesas en el gimnasio. Es guapo, innegablemente, y ese corte de pelo —ligeramente largo, desenfadado, con volumen en el frente— le da un aire descuidado pero encantador. Si no fuera por sus ojos marrones, juraría que estoy viendo al doble de Robert Pattinson. No quiero parecer que estoy colada por él, pero… ¡Anda ya! Pues claro que lo estoy. ¿A quién quiero engañar? Pero tengo una imagen que guardar y no quiero parecer una chica que babea cada vez que lo ve. Intento hacerme la dura, mirarle de soslayo para que nuestras miradas no se crucen por miedo a ponerme roja, con la consiguiente vergüenza de que el resto de compañeros me vean. Y, sobre todo, la ardua tarea de mantener la mirada hacia otro lado cuando está mirándome; porque lo hace, lo sé.

Nunca creí en los flechazos, hasta que lo vi. El profesor de álgebra acababa de comenzar la clase; bueno, más bien, se estaba presentando a los alumnos, cuando él abrió la puerta después de llamar dos veces; jadeando, pidió permiso para entrar. Y yo, con la boca entreabierta, sentí que algo dentro de mí se movía sin permiso. No hubo música de fondo, ni cámara lenta, pero mi mundo, de alguna manera, se detuvo. El caso es que se sentó atrás del todo, en mi misma fila. Yo estaba en el centro y él en la esquina, al lado del pasillo. Nos miramos y ambos esbozamos una ligera sonrisa de condescendencia por lo ocurrido. Me hubiera muerto de vergüenza si fuera yo la que se hubiera visto en aquella situación. Estuve toda la hora mirándole de reojo, hasta tal punto que ya me dolían los ojos. Cuando el profesor dio por terminada la clase, me empezaron a temblar las piernas cuando vi cómo se levantó y se acercó a mí. Menos mal que estaba sentada.

—Hola, ¿qué tal? Soy Berto.

—Eh… Hola, yo… Sara —respondí dándole la mano.

La intención de Berto había sido clara; darme dos besos. Pero los nervios que recorrían todo mi cuerpo me llevaron a darle la mano. ¿Seré idiota? Temí que aquello hubiera parecido un saludo distante por mi parte, pero fue algo

automático, como si mi cuerpo actuara de por libre y no obedeciera al cerebro. No vi reacción alguna por parte de él, ni para bien ni para mal. Apenas hablamos un par de minutos, pues el profesor de termodinámica y electroquímica hizo acto de presencia en clase sin respetar esos cinco minutos de rigor que suele haber entre clase y clase.

—Joder, ya está aquí —se quejó amablemente Berto al verlo entrar por la puerta.

—Ni respirar nos dejan —levanté ambas cejas—. Espero que no sea así siempre.

—Bueno, luego tenemos hora libre… —Me guiñó un ojo antes de darse media vuelta y dirigirse a su asiento.

¿Hora libre? ¿Qué había querido decir? Me mordí el labio, incómoda con mis propios pensamientos. ¿Y si quería invitarme a tomar algo a alguna cafetería de las que había alrededor de la facultad? ¿Y si solo estaba siendo amable? Maldita sea, ¡por qué nadie enseña a interpretar estas situaciones! Me limité a sonreír, ese gesto medio cobarde que usas cuando no sabes si avanzar o huir. Él sostuvo la mirada un segundo más de lo normal, y eso bastó para que mi corazón empezara a latir con una intensidad absurda.

Cuando acabó la clase, recogí con calma todo lo que tenía encima de la mesa: bolígrafos, estuche, folios, calculadora… Visto desde fuera, aquello debía ser como una escena de película a cámara lenta. Pero no era casual: la idea era que Berto terminara antes que yo y tomara la iniciativa. A veces, retrasarse un poco es una forma de invitar al otro a moverse primero. Y funcionó. Escuché el sonido de la cremallera de su chaqueta y el de su asiento golpeando el respaldo al levantarse. Mi corazón se fue acelerando, como si cada pequeño ruido suyo activara un resorte dentro de mí.

—¿Te ayudo a recoger?

—No… no te preocupes. Con esto ya acabo —respondí metiendo un cuaderno en la mochila.

Fuimos los últimos de clase en salir de la facultad. En la puerta, Berto saludó a un chico mientras se daban un efusivo abrazo.

—Sara, te presento a Pablo. Un buen amigo del colegio que además va a estudiar la misma carrera que nosotros.

En lo que Pablo y yo nos dimos dos besos, me dio tiempo de escanearlo de arriba abajo. Su apariencia desentonaba, como si perteneciera a otro lugar o a otra época. Era alto y delgado, con el pelo rizado cayéndole de forma algo desordenada y unas gafas de montura fina que le daban un aire intelectual. No sé si ese es su estilo habitual, pero ese día vestía como si hubiera salido de una revista para ejecutivos jóvenes: un polo de corte clásico, pantalones de

pinzas y mocasines impecables. Todo de marca, todo demasiado serio, demasiado pulido para alguien de su edad. Tiene algo en su forma de moverse, de gesticular, una cadencia sutil en las manos o en la postura, que hace pensar —sin que lo diga— que probablemente es gay o que, simplemente, se siente cómodo dejando que lo piensen.

—Vaya, a él le das dos besos y a mí la mano —se rio Berto.

—Bueno, es que ahí… en clase… —comenté con una sonrisa tonta.

—Pues es que no he podido venir a las dos primeras clases —interrumpió Pablo dirigiéndose a mí—, porque esta mañana tenía cita en el dentista a las nueve y media y ni me acordaba. Yo tan pancho desayunando y me salta el recordatorio en el móvil. Si veis mi cara…

—Vaya cabeza la tuya —dijo Berto, negando con una sonrisa.

—Ya te digo. Por cierto, ¿Cris y Raquel? —preguntó Pablo.

—No lo sé, tío. Ayer por la tarde me dijo Cris que se pasaría, sobre esta hora, pero no la veo por aquí. —Se encogió de hombros Berto—. Y Raquel me extraña que no haya venido a clase.

Me dio un vuelco el corazón al escuchar aquella pregunta. ¿Quiénes eran Cris y Raquel? Habían sonado a novias de Berto y Pablo por los cuatro costados. Bien es cierto que me daba la sensación de que Pablo era gay, como ya he contado antes. Pero también es verdad que las apariencias engañan, y yo no soy precisamente Sherlock Holmes en estos asuntos. He confundido a heteros con gais y viceversa más veces de las que me gustaría admitir. Quizá por eso me mordí la lengua antes de hacer cualquier comentario. No quería meter la pata, como aquella vez con mi primo José Carlos en Navidad. Todo el mundo daba por hecho que era gay solo porque usaba camisas de flores, era peluquero y sabía hacer una trenza francesa. Hasta que un día apareció con su novia embarazada. Fin del misterio.

En cualquier caso, allí estaba yo como una pardilla, en medio de dos tíos hablando de lo suyo, y así lo siguieron haciendo hasta que llegamos a un bar. Nada más entrar, una chica vino hacia nosotros.

—¡Ey, chicos! Os he visto venir a través del cristal. Estamos allí al fondo —comentó ella.

—¿Estamos? —preguntó Berto frunciendo el ceño—. Por cierto, menos mal que te ibas a pasar por la puerta de mi facultad a las once. —La miró de lado.

—Perdón, perdón… Ahora os cuento. Por cierto, yo soy Cris —se dirigió a mí.

—¡Hola, soy Sara! —respondí, dirigiéndome a aquella chica de cabello cobrizo, delgada y con un rostro salpicado de pecas que le daban un aire

travieso y encantador.

—Sara es una compañera de la facultad que he conocido esta mañana —explicó Berto.

—¡Genial, una más! —exclamó Cris mientras se giraba—. Seguidme.

¿Una más? ¿Qué quería decir con eso? El caso es que la seguimos hasta una mesa grande que había al fondo. Cuando llegamos, tres personas se pusieron de pie para saludarnos.

—A ver, ahora os cuento porque esto es rocambolesco, pero primero os presento —sonrió Cris—. Ella es Ariadna, Ari para los amigos, y él es Sebas. Bueno, este es Moncho. —Miró a Sara—. Este es amigo nuestro —dijo señalando en círculo a Berto, Pablo y ella misma.

—Oye, ¿y qué sabes de Raquel? —preguntó Berto.

—Mmm… —Cris acabó de darle un sorbo al café—. Está en el baño.

Al principio fue un poco de lío, pero al final y gracias a la explicación de Cris, pude descifrar aquel quién es quién. Resulta que Cris y Moncho —un chico de la misma estatura que yo, algo feúcho, con el pelo rapado al cero y espalda ancha— eran parte de la misma pandilla que Berto y Pablo. Según me dijo por lo bajo Berto, tenían una relación abierta, eran algo así como follamigos. Para ellos también era su primer año universitario y serían vecinos de facultad, ya que iban a estudiar el grado en Física. Y Raquel, que llegó enseguida del baño, era amiga de ellos cuatro y también iba a estudiar Ingeniería Química como nosotros. Al parecer, Cris y Raquel iban hacia la facultad junto a Moncho cuando, de camino, Raquel se encontró con Ari, una vieja amiga de la urbanización donde veraneaba y que no veía desde hacía un par de años, cuando sus padres vendieron el chalé. Con Ari iba Sebas, amigo de esta. Y, como buenos estudiantes, en vez de continuar hacía la facultad, desviaron su camino hacia el bar para ponerse al día entre ellas, uniéndose Raquel y Sebas por solidaridad. Casualidades de la vida, Ari y Sebas también comenzarían sus estudios universitarios en la Facultad de Ciencias Químicas. Resumiendo todo este embrollo, Cris y Moncho estudiarían Física, y el resto, es decir, Raquel, Pablo, Sebas, Ari, Berto y yo estudiaríamos Química.

La semana ha sido una toma de contacto. En la facultad, los pasillos olían a mezcla de fotocopias nuevas y nervios. Algunos profesores se presentaban con entusiasmo, otros como si les debiéramos algo. Poco a poco fui apuntando mentalmente sus nombres, sus asignaturas y sus manías. En la segunda facultad, es decir, en el bar, todo era más transparente. Las mesas se convertían en trincheras donde se hablaba de fútbol, de religión, se discutía sobre política con más o menos tacto, y se bromeaba con lo que cada uno pedía. Ahí, entre tapas y vasos, la gente enseñaba sus cartas sin saberlo; yo enseñé las que

me interesaron. No tardé en ver que algunos evitaban ciertos temas, otros los buscaban como excusa para hablar más alto. En ese pequeño caos cotidiano, empecé a encontrarme más cómoda con unos que con otros.

Y entre todo lo anterior, está Berto. Da igual el lugar, que lo observo como quien descubre una canción nueva y se da cuenta de que la quiere volver a escuchar una y otra vez. No hace falta que diga nada. La verdad es que disfruto de él solo con mirarle. Tiene esa forma de sonreír cuando cree que nadie lo ve, como si el mundo fuera un secreto compartido solo entre él y sí mismo. No sé si mis miradas le habrán pasado inadvertidas. He hecho buenas migas con todos, en especial con él. No sé si es recíproco.

Hablando de los demás, diré que las chicas parecen simpáticas. Aún es pronto para saber cómo encajaremos todas, pero al menos hay buena disposición. Ari tiene su punto de locura, por no decir que está como una cabra. Y lo digo con cariño, porque su energía es contagiosa, aunque a veces me deja sin saber si reírme o esconderme debajo de la mesa. Va por ahí soltando comentarios que nadie espera, como si el filtro se le hubiera caído hace tiempo. Es natural. Es directa. Es única. No sé si me cansaré de ella, pero de momento me gusta tanto su forma de ser como su presencia. Lleva una melenita corta que le roza los hombros, perfectamente enmarcada por un flequillo recto que le cae justo por encima de las cejas. Su maquillaje, oscuro y marcado —ojos delineados con trazo firme, labios oscuros, casi violáceos— acentúa aún más su aire desafiante. Viste con ropa atrevida: cuando no lleva medias —rasgadas a propósito—, se enfunda en pantalones tan ajustados que dibujan cada curva desde la cintura hacia abajo. Provocadora, sin duda, no teme mirar de frente ni que la miren.

Cris y Raquel son distintas. Más comedidas, más entre ellas. Imagino que es normal, se nota que son buenas amigas desde antes, que vienen con un vínculo ya construido. A veces eso crea una barrera sutil, como una conversación privada que las acompaña incluso cuando están en grupo. No me molesta, de momento. Supongo que, con el tiempo, si hay ganas, esos círculos se irán abriendo poco a poco. Por ahora, me basta con observar y dejar que las cosas se vayan acomodando solas.

Y respecto a los chicos… no les costó nada conectar. Bastaron unas cervezas y una conversación amena para que hicieran sentir a Sebas como uno más. Esa capacidad que tenemos las personas para crear vínculos en cuestión de minutos, cuando se dan las circunstancias, siempre me ha parecido digna de admiración. Sebas lleva el pelo liso, con la raya al medio y una ligera melena que le da un aire algo retro. Es de la misma estatura que Berto, pero ahí terminan las similitudes: no es tan guapo, y su cuerpo no parece haber pisado